

En 1995, Carlos Fuentes publicó *La frontera de cristal*, la que según el propio autor era «una novela en nueve cuentos», es decir, una historia extensa compuesta de varios fragmentos que precisamente aparentaban ser inconexos, pero que al final relataban el mismo suceso, visto desde las distintas perspectivas complementarias. Eso representa esta obra de Manuel Chust y José Antonio Serrano, una obra en diez artículos, un ejercicio de síntesis del proceso de descomposición del dominio español en la América Septentrional, pero a la vez de las temáticas abordadas por los dos autores, en conjunto o por separado, a lo largo de más de treinta años. Tal como el título refiere, no solo durante el proceso de la guerra hubo una revolución, sino que ella siguió presente, intensificándose quizás, a partir de la posindependencia en 1821 y hasta al menos el año de 1829, cuando las necesidades cambiaron, y lo que requirió el Estado nación mexicano eran más bien «habitantes nacionalizados, contribuyentes unificados y universales, ciudadanos desarmados, militares armados y municipios controlados» (p. 210).—JOAQUÍN E. ESPINOSA AGUIRRE, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, México.

Fernández Peña, Marta, *Ciudadanos, electores, representantes. Discursos de inclusión y exclusión políticas en Perú y Ecuador (1860-1870)*, Valencia, Universitat de Valencia, 2020, ISBN 978-84-9134-612-8, 428 pp.

La historia del parlamentarismo y sus modelos de representación en América Latina es, probablemente, uno de los ámbitos más abordados dentro de la historiografía hispanohablante, con notables investigadores a una y otra orilla del Atlántico y un abanico de enfoques que, por su potencial, siempre ha dejado abiertas nuevas posibilidades de análisis, ya haya sido por el acceso a fuentes desconocidas, por replanteamientos metodológicos de la investigación, por inserción en perspectivas multidisciplinarias o, entre otras, por contraste de factores, agentes y/o procesos diversos.

El libro que nos ocupa cabría encuadrarlo en una conjunción de tales posibles, afrontando el cotejo del parlamentarismo de dos países vecinos, Ecuador y Perú, con características poblacionales aparentemente similares, pero con claras disimilitudes en su evolución. Partiendo de una tesis doctoral que, tras la lectura del libro, se advierte sumamente sólida, Marta

Fernández aborda la siempre peliaguda cuestión de la ciudadanía y la representación en dos naciones marcadas por la tesis inclusión-exclusión en sus respectivos cuerpos electorales y políticos. Si bien el arco temporal sobre el que centra su atención es la década de 1860, la búsqueda de precedentes y la puntualización de consecuencias la lleva a abrir la cronología a décadas previas y posteriores, lo mismo que —en las comparativas sobre aspectos bien desarrollados como las disputas en torno a la bicameralidad o unicameralidad del legislativo— extiende la visión hacia otros estados americanos e incluso europeos, siendo España una de las referencias frecuentes.

No puede decirse que la cuestión de la representación política no haya sido afrontada con anterioridad en Perú y Ecuador. La propia autora subraya su deuda, en el caso peruano, con la obra de Gabriella Chiaramonti, Natalia Sobrevilla, Ulrich Mücke, Alicia del Águila, Marta Irurozqui o Cristóbal Aljovín; y en el ecuatoriano, con los trabajos de Ana Buriano, Juan Manguashca o Federica Morelli. Sin embargo, tampoco yerra al apuntar la frecuencia con que estos trabajos han derivado, al hablar de Perú, hacia el análisis de los procesos electorales; o, si nos referimos a Ecuador, a su efecto en la construcción del Estado nación o bien en los planes de Gabriel García Moreno, pieza clave en la política decimonónica del país. La autora procura eludir tales enfoques partiendo de los parámetros de la historia cultural de la política, ladeando —que no omitiendo— lo que sería *la política* en sí para centrarse en *lo político*. Así, a partir de elementos como los discursos, los símbolos y las glosas enunciadas en el foro público, editadas en prensa o dadas a conocer por otros medios de difusión, el lector se ve introducido en los imaginarios políticos y sociales de ambos países durante ese periodo, abriendo la puerta a una perspectiva conceptualista necesaria para comprender los matices de las legislaciones promulgadas en este periplo y el sentido que determinados términos cobrarían dentro de los discursos políticos gubernamentales y de sus opositores.

La contextualización política y doctrinal que realiza la autora no deja de la mano aspectos capitales como el marco socioeconómico de la década en estudio. Fueron años en que la bonanza guanera marcaría indefectiblemente la política peruana, sobre todo tras la adopción de medidas de fuerte impacto social —imposibles de asumir, por otra parte, sin esa abundancia coyuntural— como la abolición de la esclavitud o la de un tributo indígena que no tardó en ser restablecido bajo otro formato. Lo mismo podríamos decir del Ecuador, en plena expansión del cultivo cacaotero y que en poco tiempo convertiría a este producto en la clave de su comercio exterior.

Hablamos de contextos que perfilan el surgimiento y consolidación de unas élites muy concretas en sus intereses y en su visión de la realidad, siendo en la translación de esta última al marco político legislativo donde la autora encuentra, precisamente, un campo amplio para indagar la significación que dichos grupos de poder otorgarían a los principios tradicionales del liberalismo, así como el peso que tuvieron sus dictámenes, prejuicios e intereses en las políticas de inserción y/o excepción de los respectivos sistemas electorales, si bien podría alargarse la reflexión a la propia consideración de los sectores afectados como parte consciente o inconsciente de ambas naciones.

Conforme a tales premisas, Fernández introduce el tema exponiendo el escenario institucional y aquellos asuntos que considera, no sin razón, indispensables para mostrar una visión de conjunto con sus correspondientes segmentos de atracción y diferenciación —por lo general política, pero que bien podría extenderse a la cultura, la etnia y el territorio— dejando francas las divergencias regionales como un factor a no ignorar en lo que fue la composición de las respectivas asambleas constituyentes. Este último aspecto resulta determinante para entender las peculiaridades de las constituciones emanadas de ellas, pero también de los distintos sistemas electorales que acabarían implementándose en uno y otro país e, incluso, de las prácticas de corrupción y fraude presentes en su aplicación práctica pese a las prevenciones adoptadas, sobre el papel, para su erradicación.

Con todo ello la autora deriva hacia una revisión de lo que serían los principios en juego y su lectura al trasluz de los condicionantes descritos. Una labor en la que prácticamente disecciona, en pos de su comprensión, cuestiones como la naturaleza de la representación; las disputas y fundamentos entre quienes defendían su carácter territorial y aquellos que postulaban su carácter democrático; o los visos diferenciales sobre la concepción que de la representación tenían las élites intelectuales y políticas coetáneas, ampliables a la interpretación de una soberanía que, si bien podía adjetivarse como «nacional», distinguiría claramente entre lo que sería su titularidad y su ejercicio. Es así como —en la revisión que realiza de principios como los de igualdad, libertad, elección, elegibilidad y exclusión— Fernández transita entre categorizaciones justificadas por la lectura que las élites hegemónicas harían de la teoría política, de los ejemplos observables en otros países y continentes y de la aplicación de estos en sus países conforme a sus criterios y valores. Esto último resulta esclarecedor en el cotejo Ecuador-Perú al desgranarse coincidencias como la desvalorización del indígena y de lo indígena en lo concerniente a la acción política y su capacidad de

decisión —una desvalorización velada en requisitos diversos, pero acorde a las premisas positivistas ampliadas posteriormente por el darwinismo social—, al igual que en cuanto a las diferencias, ejemplificada en el rol del catolicismo en la conformación del ser nacional y su imaginario, sobre todo en el caso ecuatoriano. Interesante resulta también el apartado dedicado al papel de ambos países en el contexto internacional, repasando los problemas bilaterales a cuenta de los límites fronterizos y el posicionamiento mutuo respecto a un panamericanismo revisable en una doble vertiente: la de las relaciones con una España que buscaría maquillar su condición subsidiaria con campañas y presiones de discutible rédito, y las que mantendrían frente a unos Estados Unidos que, si bien serían elogiados como ejemplo, también dejarían señales en cuanto a sus prioridades presentes y futuras.

Quedaría hablar del capítulo dedicado a las transferencias culturales y las influencias ideológicas entre el Viejo Mundo y el continente americano. Un punto llamativo y bien conformado en su descripción de los modelos español, estadounidense y francés como fuentes de inspiración diversa, pero sin dejar de mano las peculiaridades del mundo andino y el convencimiento de parte de sus elites en cuanto a la imposibilidad de una implementación plena de tales modelos —sobre todo de los dos últimos— en sus realidades. Tal vez este punto habría encajado mejor en un plano precedente, al hablar de las inspiraciones de los modelos de representación, pero hay que reconocer que resulta sugestivo como colofón al señalar la mención, por parte de la clase política peruana y ecuatoriana, de países latinoamericanos como modelos políticos a observar.

En definitiva, un libro sugerente que cumple sobradamente con sus objetivos y que invita a indagar temas pretéritos y presentes como la construcción cultural del poder y la configuración de una clave esencial como la ciudadanía, el ejercicio de sus derechos/deberes y los fundamentos de sus restricciones.—MANUEL ANDRÉS GARCÍA, Universidad de Huelva, España.

Fernández Sebastián, Javier, *Historia conceptual en el Atlántico ibérico. Lenguajes, tiempos, revoluciones*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2021, ISBN 978-84-375-0812-2, 571 pp.

Mi padre nació en 1930 en Córdoba donde pasó su infancia y primera juventud, antes de viajar a Madrid para estudiar y donde formó su propia